

Tlaxcala, de donde se dirigieron despues á San Martin Texmelucan. El general Garza, situado en Ocotlan, se replegó á la hacienda de San Bartolo para no ser cortado.

Nuestra pérdida entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, ascendió á cerca de dos mil hombres. En poder del enemigo cayeron ocho piezas de artillería y una parte del convoy destinado á la plaza.

El revés sufrido no habria sido de grande importancia, á no haber hecho imposible la introduccion de municiones y víveres á Zaragoza, que así quedaba reducida á la impotencia de seguirse defendiendo, por carecer de esos artículos de primera necesidad.

Pocos dias despues renunció el general Comonfort el mando del ejército del Centro. Admitida la renuncia, fué nombrado para esa importante comision el general Garza. Despues de la catástrofe de Puebla, el ejército se ha retirado á esta capital, donde descansa de sus fatigas pasadas, en espera de los nuevos combates á que se apresta para defender la independencia nacional.

Esta corre hoy nuevos peligros, por haber sucumbido la ciudad ilustre que habia estado conteniendo el impulso del invasor, y de cuya caída vamos á ocuparnos, relatando á la vez los sucesos que la precedieron.

Los franceses, sabedores sin duda del triste estado que guardaban los sitiados, condenados á perder la plaza si no recibian provisiones de boca y guerra, suspendieron los ataques en que tan mal librados habian salido siempre, y se limitaron á impedir la introduccion de los efectos que debian servir para prolongar la defensa.

Celebróse entretanto por los generales en jefe de ambos ejércitos una convencion para el cange de los prisioneros de una y otra parte. En ese arreglo se estipuló que los

oficiales serian cangeados grado por grado, y hombre por hombre, y de sargento abajo hombre por hombre sin distincion de grado. Los heridos quedaron comprendidos en la estipulacion, para ser remitidos luego que lo permitiera el estado de su salud.

Al efectuarse el cange, resultaron sobrando veintiseis soldados franceses, que fueron enviados graciosamente á su campamento. El general Forey, en una cortés carta del dia 6, dió las gracias por ese acto espontáneo, y en cuenta de los que habia recibido de mas, mandó veintiun prisioneros mexicanos de las tropas de Comonfort. El general Ortega contestó á su turno en términos urbanos.

El 9 le dirigió otra nota el gefe enemigo, para comunicarle el desastre del ejército del centro, que hacia consistir en mil hombres muertos ó heridos, otros mil prisioneros, ocho piezas de artillería, tres banderas, once guiones, veinte carros cargados, euatrocientas mulas, carneros y armas. Advirtió que entraba en estas explicaciones, para evitar el engaño de los diarios mexicanos, que disfrazan la verdad de la manera mas escandalosa. Fundó ademas en la mencionada funcion de armas, la esperanza de que contribuiria á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer en las leales intenciones de la Francia, encaminadas á concurrir con los hombres sensatos de México, á establecer el órden y la libertad en este desgraciado país, arruinado y desolado por la guerra civil. Y remitió los siete prisioneros que debia para el completo de los recibidos en su campamento de antemano.

Forma en este último punto contraste, la liberalidad con que el general Ortega puso en libertad hasta el último prisionero frances, y la mezquindad con que Forey se limitó á enviar los veintiocho soldados de que se conside-

sin mengua del decoro se aceptaran las condiciones de práctica universal en casos semejantes. En el sitio, de duración igual al segundo de la Zaragoza situada á las márgenes del Ebro, habian abundado hazañas merecedoras de eterna remembranza. Cuando está ya á salvo el honor militar, se busca en una capitulación honrosa la concesión de garantías personales para una guarnición obligada á rendirse. Estaba reservado á los soldados mexicanos, después de haberse batido con heroicidad, dar el insigne ejemplo de una abnegación patriótica, que les hizo olvidarse de sí mismos, para que fuera ménos fructuoso el accidental triunfo del enemigo extranjero. La caída de Puebla, corona espléndida de un triunfo memorable, será en la historia de México una página escrita con diamantes.

La ciudad altiva, ocupada, pero no tomada; rendida, pero no vencida, vió entrar por sus calles á los soldados del emperador, en unión de los traidores, que fueron apedreados sin que lo impidieran sus aliados, de quienes son vistos con merecido desprecio.

Los prisioneros fueron tratados al principio con las consideraciones debidas á sus gloriosos hechos, no empleándose el rigor sino cuando dieron nuevas pruebas de una entereza indomable. Como no hubo capitulación, ni habian contraído compromiso de ninguna clase, se quiso inutilizar sus servicios haciéndolos firmar una protesta, en la que se obligaran bajo su palabra de honor á no salir de los límites de la residencia que se les asignara; á no mezclarse por escrito ó de obra en la guerra ni en la política por todo el tiempo que permaneciesen prisioneros de guerra; y á no tener correspondencia con sus familias y amigos sin previo conocimiento de la autoridad francesa.

Luego que fueron conocidas estas proposiciones, una voz

unánime, como salida de un solo pecho, la voz de mil cuatrocientos ameritados mexicanos, las rechazó con desden. Los generales presentes hicieron constar además por escrito su renuencia á firmar, tanto por prohibirles las leyes de la guerra aceptar compromisos que menoscabaran la dignidad del honor militar, como por prohibírsele también sus conciencias y opiniones particulares.

Este segundo rasgo de desprendimiento vino á renovar la seguridad de que la decisión fría y tranquila adoptada desde un principio, era de todo punto inalterable. De nuevo se entregaron nuestros valientes á merced del enemigo, sin admitir para sus personas garantías que pugnasen con sus deberes de ciudadanos y de militares. La lección repetida ha sido mas heroica y mas saludable.

Irritado sin duda de tanta firmeza el general enemigo, tomó entónces la determinación de sacar á los recalcitrantes rumbo á Orizava y Veracruz. ¿Qué se propone hacer con ellos? Si en virtud de la resistencia que han mostrado, piensa conservarlos en prisión segura, para que no vuelvan á empuñar las armas en su contra, como han protestado hacerlo, está en su derecho ciertamente. Pero si va á mandarlos á la Martinica, según se ha anunciado ya, cometerá un acto de barbarie. La falta de capitulación y de cualquier convenio mutuo posterior, no priva á nuestros prisioneros de las garantías que les otorga el derecho de la guerra. En las acciones campales, en las que por lo comun no media estipulación alguna, los militares que caen después de la derrota en poder del vencedor, están amparados por las prácticas humanitarias de las naciones civilizadas. La dureza de los tiempos antiguos comenzó á templarse con la reducción á la esclavitud de los prisioneros de guerra: hoy su pena está reducida á impedirles que vuelvan á hostilizar al que se ha he-

cho dueño de sus personas. Cuando á ello no se prestan de buena voluntad, hay autorizacion para ponerlos á buen recaudo. Hasta aquí llega lo lícito: lo demas es atentatorio.

La falta de compromisos por parte de los prisioneros de Zaragoza, los ha puesto en aptitud de escaparse, para seguir prestando sus importantes servicios en la presente guerra de independencia. Así lo han efectuado ya muchos de los gefes y oficiales y aun algunos de los generales, habiendo llegado de estos á la capital los CC. Berriozábal, Diaz, Negrete y Régules. El primero, previa licencia de la cámara en que habia entrado á funcionar como diputado, se ha encargado del ministerio de la guerra, vacante por renuncia del general Blanco: los otros han sido ya, ó serán próximamente colocados en puestos dignos de sus antecedentes.

De los oficiales que han recuperado su libertad, unos ochenta la lograron en la hacienda de los Alamos, salidos ya de Puebla, echándose sobre la fuerza que los custodiaba. En este acto de arrojo perecieron dos ó tres de ellos.

Al sacarlos en union de sus compañeros, se les ha llevado á pié y entre filas. Habiéndose negado á recibir el socorro que se les ofreció de la caja francesa, van caminando sin recursos. Es dudoso que les lleguen los que les ha mandado el supremo gobierno, cuidadoso como siempre de atender á los esforzados defensores de los derechos de la nacion.

Los generales han salido en coche. La opinion mas generalizada es que se les conducirá á Francia hasta la conclusion de la guerra.

De los soldados prisioneros, se cuenta que se ha empleado á dos mil en destruir las fortificaciones de Puebla, y mandado tres mil á trabajar en el ferrocarril de Veracruz, lo cual equivaldrá á una sentencia de muerte. Este será un nuevo abuso de la fuerza sin justificacion posible.

Miéntras los buenos mexicanos caminan así al destierro y tal vez al sepulcro, vuelven á Puebla los simpatizadores de la *parte sana* á humillarse ante los franceses. El clero recobra sus ropas talaras; los frailes andan de hábito; las monjas intentan regresar á sus conventos; los canónigos entregan las llaves de la Catedral á Forey y le entonan un sacrílego *Te Deum*, para demostrar que no ha acabado todavía la familia del obispo D. Opas. Los mayordomos de los exclaustrados de ambos sexos, dando por restablecido todo el antiguo régimen, reclaman la propiedad de los bienes de cuya administracion sacan tan pingües beneficios; pero en esta parte tropiezan con la resistencia de los invasores, que declaran hechos consumados é inalterables los de la desamortizacion.

El gobierno supremo, que se habia abstenido de decretar la expulsion de los franceses miéntras no la consideró oportuna, la acordó luego que se tuvo noticia de lo ocurrido en Puebla. Hechas las excepciones convenientes en favor de quienes las merecian, el decreto se está cumpliendo con los demas.

El congreso ha otorgado al invicto ejército de Oriente recompensas que simbolizen la gratitud nacional.

La cuestion de facultades omnímodas ha sido por fin resuelta, despues de un largo y animado debate. La oposicion se empeñó en negar la atribucion de ratificar tratados, pero fué vencida, quedando el gobierno con las mismas autorizaciones que ántes, sin mas restriccion que la de no aceptar intervencion extranjerana.

La nacion mexicana se prepara á continuar, sin tregua, sin descanso, con patriotismo, con heroicidad, la guerra que se encapricha en hacerle el déspota coronado de la Francia. Léjos de que las desgracias sufridas en este mes la acobar-

den, servirán por el contrario para levantar el espíritu público con la contemplación del sublime ejemplo dado por la vanguardia armada del país. Así, aun después de disuelto, seguirá sirviendo á la causa de la patria ese inmortal ejército de Oriente, del que gentes propias y extrañas dirán en la actitud del mas profundo respeto: *¡ Honor al valor desgraciado !*

FIN DEL TOMO I.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	PÁGS.
Introduccion.....	III
La nota de los comisarios franceses.....	1
La cuestion extranjera.....	11
Idem.....	21
Idem.....	35
Idem.....	51
Refutacion del discurso pronunciado por M. Billault, ministro sin cartera, en el cuerpo legislativo frances, sobre la política del emperador en México.....	65
La cuestion extranjera.....	119
El negocio Jecker.....	147
La cuestion extranjera.....	157
Correspondencia interceptada.....	177
La cuestion extranjera.....	187
Idem.....	209
Idem.....	247
Discusion en el senado español sobre los negocios de México.....	269
Instrucciones de Napoleon á Forey.....	315
La cuestion extranjera.....	323
Discusion habida en el congreso de los diputados de España sobre los asuntos de México...	363
La cuestion extranjera.....	413
Discusion en el cuerpo legislativo frances sobre los asuntos de México.....	439
La cuestion extranjera.....	493
Idem.....	517